

ciudadanos, los hacian triunfar de sus enemigos, ó les recordaban en el desierto y la esclavitud, las colinas de Sion y la libertad de los hijos de Dios. Me admira que, entre todos los grandes dramas que la poesía moderna ha sacado de la historia de los judíos, no haya concebido todavía ese maravilloso drama de los profetas,—bellísimo canto de la historia del mundo.

La misma fecha.

Vuelvo de pasearme solo por las embalsamadas pendientes del Carmelo. Estaba yo sentado á la sombra de un madroño, un poco mas abajo del sendero tajado que sube á la cima de la montaña y remata en el convento, mirando el mar que me separa de tantas cosas y tantos seres que he conocido y amado, pero que no se separa de mi recuerdo. Recorria en mi imaginacion mi vida anterior, recordaba horas semejantes pasadas en tantas playas diversas y con pensamientos tan diferentes; preguntábame si era yo en efecto quien estaba en aquella aislada cima del monte Carmelo, á pocas leguas de la Arabia y del desierto, y por qué estaba allí,—y dónde iba,—y dónde volveria,—y qué mano me conducia,—y qué buscaba á sabiendas, ó sin saberlo, en aquellas eternas correrías por el an-

cho mundo. Costábame trabajo recomponer un solo ser de mí mismo con las fases tan opuestas é imprevistas de mi breve existencia; pero las impresiones tan vivas, tan lúcidas, tan presentes, de todos los seres que he amado y perdido, resonaban todas con una profunda angustia en el mismo corazón y harto me probaban que esa unidad, que yo no hallaba en mi vida, se hallaba toda entera en mi corazón! y sentia humedecerse mis ojos contemplando lo pasado donde no veia ya mas que cinco ó seis sepulturas, donde cinco ó seis veces se habia hundido mi felicidad. Luego, obedeciendo á mi instinto, cuando mis sensaciones son demasiado vehementes y están á punto de anonadar mi pensamiento, las elevo con un impulso religioso hácia Dios, hácia ese infinito que lo recibe todo, lo absorbe todo, lo vuelve todo; yo le imploraba, me sometia á su voluntad siempre buena, y le decia:—Todo va bien, pues tú lo has querido; aquí estoy aún; continua conduciéndome por tus caminos y no por los míos; llévame donde quieras y como quieras, con tal de que yo me sienta conducido por tí,—con tal de que te reveles de cuando en cuando en mis tinieblas con uno de esos rayos del alma que nos manifiestan, como el relámpago, un horizonte de un momento en medio de nuestra profunda noche;—con tal de que yo me sienta sostenido por esa esperanza inmortal que has dejado en la tierra como una voz de los que ya no están en ella;—con

tal de que yo los halle en tí, y me reconozcan y nos amemos en aquella inefable unidad que formariamos tú, ellos y nosotros! Eso me basta para seguir avanzando, para caminar hasta el fin por este sendero que parece que no le tiene, pero haz que la senda no sea demasiado áspera para piés ya heridos!

Levantéme mas aligerado y me puse á coger puñados de yerbas aromáticas que embalsaman todo el Carmelo: con ellas hacen los padres del convento una especie de té, mas perfumado que la yerba buena y la salvia de nuestros huertos. Me han distraído de mis pensamientos y de mi herborización las pisadas de dos borricos cuyas herraduras resonaban sobre las tersas rocas del sendero. Dos mugeres, embozadas de piés, á cabeza en un gran lienzo blanco, iban sentadas en los borricos; un mancebo llevaba del ronzal al primero de aquellos animales, y dos árabes iban detras á pié, cargada la cabeza con anchos canastos de junco, tapados con servilletas de muselina bordada:—eran el señor Malagamba, su madre y su hermana, que subian al monasterio para ofrecermé provisiones de viage que nos habian preparado la noche antes. Uno de los cestos estaba lleno de molletes dorados como oro, y de un sabor exquisito, precioso hallazgo en un pais donde el pan es desconocido: el otro contenia toda especie de frutas, algunas botellas de escelentes vinos de Chipre y del Líbano, y aque-

llos innumerables dulces, delicias de los orientales. Recibí con gratitud el presente de aquellas amables señoras. Envié á los árabes á llevar las cestas al monasterio, y nos sentamos á hablar un momento de las desgracias de madama Malagamba. El sitio era delicioso; estábamos bajo dos ó tres grandes olivos que sombreaban el estanque en que se ha labrado la fuente del profeta Elias, cayendo de roca en roca en un pequeño barranco, del monte Carmelo. Los árabes habian estendido las mantas de sus burros sobre el cespéd que rodea la fuente, y las dos mugeres, que se habian echado sus largos velos á la espalda, sentadas en el divan del viagero, á la orilla del agua, en su mas rico y vistoso traje, formaban un grupo digno del ojo de un pintor. Yo estaba sentado en frente de ella, en una cornisa del peñasco de donde caía el manantial. Muchas lágrimas regaron las mejillas de madama Malagamba recordando delante de mí la época de sus prosperidades, y su caída en el infortunio, y sus presentes miserias, y su fuga de San Juan de Acre, y sus maternales cuidados por el porvenir de su hijo y de sus hermosas hijas.

La señorita Malagamba escuchaba aquellas razones con la serena indiferencia de la primera juventud; divertíase en reunir en ramilletes las flores sobre que estaba sentada: solamente cuando la voz de su madre se alteraba hablando, y caían algunas lágrimas de sus ojos, su hija le pasaba el brazo al

rededor del cuello y enjugaba su llanto con el pañuelo de musolina bordado de plata que tenia en la mano; luego, cuando volvía á asomarse la sonrisa al rostro de su madre, tornaba á su distraccion infantil y de nuevo casaba los colores de su ramillete. Prometí á aquellas pobres mugeres acordarme de ellas y de su hospitalidad tan inesperada cuando volviese á Europa, y solicitar de mis amigos en Turin algun ascenso para el jóven agente consular de Kaifá: con esto volvió la esperanza, aunque muy lejana é incierta, al corazon de madama Malagamba, y la conversacion tomó otro giro. Hablamos de las costumbres del pais y la monotonía de la vida de las mugeres árabes, cuyos hábitos se ven tambien precisadas á contraer las europeas que viven en Arabia; pero la señorita Malagamba y su madre, nunca habian conocido otro género de vida, y ántes bien se admiraban de lo que yo les contaba de Europa. Vivir para un solo hombre y de un solo pensamiento en el interior de sus estancias; pasar un dia en un divan trenzándose el cabello, disponiendo con gracia las numerosas joyas con que se engalanan; respirar el aire fresco de la montaña ó del mar desde lo alto de una azotea, ó por entre el enrejado de una ventana; dar algunos pasos bajo los naranjos y los gravados de un jardincillo para ir á pensar á la orilla de un estanque que un surtidor anima con su murmullo; cuidar de la casa, hacer con sus manos

la masa del pan, el sorbete, los dulces; una vez por la semana, ir á pasar el dia en el baño público, en compañía de todas las muchachas del pueblo, y cantar algunas estrofas de los poetas árabes acompañándose con la vihuela; esta es toda la vida del Oriente para las mugeres.

La sociedad no ecsiste para ellas; así es que no tienen ninguna de esas pasiones facticias del amor propio que produce la sociedad, son esclavas del amor mientras son jóvenes y hermosas, y mas adelante, esclavas de los cuidados domésticos y de sus hijos. ¿No vale esta civilizacion tanto como otra? Mientras estábamos así departiendo sobre diferentes objetos, mi dragoman, joven nacido en Arabia y muy versado en las letras árabes, me buscaba por los alrededores del monasterio y me descubrió junto á la fuente; — traíame otro joven árabe que habia sabido mi llegada á Kaifá y que habia venido de San Juan de Acre para hacer conocimiento con un poeta del Occidente. Aquel joven, nacido en el Líbano y criado en Alepo, era célebre ya por su númen poético; muchas veces habia yo oido hablar de él y me habia hecho traducir algunas de sus composiciones: á la sazón me traia varias, de que mas adelante daré la traduccion. Sentóse con nosotros junto á la fuente, y hablamos bastante tiempo con ayuda de mi dragoman; pero se hacia tarde, y era preciso separarnos. — Pues que estamos

aquí dos poetas, le dije, y que nos reúne la suerte desde dos puntos del mundo tan distantes, en un sitio tan encantador, á una hora tan hermosa, y en presencia de una beldad tan perfecta, deberíamos consagrar, cada uno en nuestra lengua, con algunos versos, nuestro encuentro y las impresiones que nos inspira este momento. Sonrióse y sacó de su cinto el tintero y la pluma de caña, tan inseparables de un escritor árabe como lo es el sable de un guerrero: ambos nos retiramos á algunos pasos para ir á meditar un momento nuestros versos. El acabó mucho antes que yo: hé aquí sus versos y los míos: en ambos se reconocerá el carácter de las dos poesías, pero escuso advertir cuanto pierden todas las lenguas pasando á otra.

“En los jardines de Kaifá hay una flor que el rayo del sol busca por entre el enrejado que forman las hojas de la palmera.

“Esta flor tiene ojos mas dulces que la gacela, ojos que se parecen á una gota de agua del mar en una concha.

“Esta flor tiene un perfume tan penetrante que el jeque que huye ante la lanza de otra tribu, en su yegua mas rápida que la caída de las aguas, la huele al paso y se detiene para respirarla.

“El viento de Simoun arrebatá de los vestidos del viagero todos los demas perfumes, pero nunca arrebatá del corazon el oler de esa flor maravillosa.

“Se encuentra al márgen de una fuente que corre sin murmullo á sus piés.

“Niña; dime el nombre de tu padre, y te diré como se llama esa flor.”

Hé aquí los que yo compuse é hice al instante que tradujese al árabe un dragoman:

Fuente, cuando à tu orilla va á sentarse;
Pensativa, en la sombra. Lila bella,
Y sobre tí inclinada,
En tu agua azul se mira,
Y su semblante se refleja en ella
Como en el golfo inmóvil una estrella;

Un temblor tus dormidas aguas riza;
No se ven de tu fondo las arenas,
Ni los flexibles juncos;
De encantos y de luz toda te llenas,
Y la vista, que un dulce echizo ofusca;
¡Oh fuente! solo en tí su cielo busca!

Porque entónces bellísimos objetos
Reflejas solamente: ojos azules
Como esas florecillas
Que esmaltan tu ribera entre rosados
Labios risueños, dientes nacarados:
Globos, que un blando aliento,
Agita en compasado movimiento:

Cabellos enlazados entre flores,
 Que hacen pender su peso; brazaletes
 Que de sus brazos el carmin realzan;
 Perlas que bajo el agua pura brillan,
 Y que asir uno se imagina en vano,
 Como su arena de oro, con la mano,

Sobre esa sombra yo la mano tiendo
 Por miedo de que el viento la disipe,
 Y envidiosos mis labios de su orilla,
 Quieren beber el agua venturosa
 Que reflejan la imágen deliciosa.

Pero cuando risueña se levanta
 Lila, y sigue à su madre solo queda
 En aquel ántes encantado sitio

Un agua triste, oscura:
 La pruebo, y es amarga: de su seno
 Deslucen el cristal la alga y el cieno.

¡Oh niña! lo que en esas aguas causas,
 Siempre causó en mi alma la hermosura:
 Cuando su dulce rayo la ilumina
 De claridad y júbilo se inunda;
 Mas ¡ay! cuando se aleja,
 En tinieblas tristísimas la deja.

Pero era el caso que la hermosa niña para quien acabábamos de componer estos versos en francés y en árabe literal, no entendia el francés ni el árabe, y solo un poco el italiano.

23 de Octubre, 1832.

Al salir el sol hemos dejado, repuestos y alegres, el convento del Monte Carmelo y sus dos excelentes religiosos, y nos hemos encaminado por ásperos senderos que bajan de la cima al mar. Ahí, hemos entrado en el desierto que se estiende entre el mar de Siria, cuyas costas aquí son en general llanas, arenosas y están cortadas en pequeños golfos; y las tierras que son una continuacion del Monte Carmelo. Estas tierras que van descendiendo con insensible gradacion, á medida que se acercan á la Galilea, son negras y áridas y con frecuencia hienden las peñas la capa de tierra y de arbustos que les queda: su aspecto es sombrío y monótono; no tienen mas que su vestidura de luz esplendente y la ideal magestad de lo pasado que las rodea; de trecho en trecho, la cordillera que forma por espacio de diez leguas, se interrumpe y se entreabre á la vista algun valle poco profundo; en el fondo, ó en las laderas de uno esos valles vemos distintamente los restos de una fortaleza y una gran

aldea árabe que se estiende bajo los muros del castillo; el humo de las casas se eleva y serpea á lo largo de las faldas del Carmelo, y largas hileras de camellos, de cabras negras y de vacas rojas, se prolongan desde la aldea hasta la llanura que atravesamos; algunos árabes á caballo, armados con lanzas y sin mas vestido que su manta de lana blanca, los brazos y las piernas al aire, caminan al frente, y á los lados de esas caravanas de pastores que van á llevar los ganados al único manantial que hemos encontrado hace cuatro horas. Los manantiales fueron descubiertos y labrados en otro tiempo por los habitantes de los pueblos, situados todos en la orilla del mar; hace siglos que los árabes actuales han abandonado estos pueblos; ya no queda en ellos mas que la fuente, y todos los dias hacen este viage de una hora ó dos para ir á buscar agua y dar de beber á sus reves. Hemos caminado todo el dia sobre restos de murallas, y sobre mosaicos que atraviesan la arena; el camino está sembrado de ruinas que atestiguan el esplendor y las inmensas poblaciones de estas riberas en remotos tiempos.

Teniamos desde por la mañana en el horizonte delante de nosotros, en la orilla del mar, una inmensa columna que reverberaba los rayos del sol, y que parecia agrandarse y salir de las olas á medida que avanzábamos. Cuando nos acercamos, reconocimos que aquella columna es una masa con-

fusa de magníficas ruinas pertenecien á diversas épocas: primeramente distinguimos una inmensa muralla, semejante en todo, por su forma, su color y el corte de las piedras, á una pared del coliseo de Roma. Esta muralla de prodigiosa altura, se alza sola y sesgada, sobre un monton de otras ruinas de construcciones griegas y romanas; pronto descubrimos, mas allá, los restos elegantes y calados, como un encage de piedra de un monumento moruno, iglesia ó mezquita, ó acaso uno y otro sucesivamente; luego una serie de ruinas en pié, y bien conservadas, de otras muchas construcciones antiguas; el camino de arena que seguian nuestros camellos nos conducian bastante cerca de aquellas curiosas reliquias de lo pasado, cuya ecsistencia, nombre y fecha ignorábamos completamente.

Acaso de media milla, de aquel grupo de monumentos, la costa del mar se eleva y la arena se convierte en peña; esta en todas partes ha sido tajada por mano de los hombres sobre una estension de como hasta una milla de circuito,—formando una especie de ciudad primitiva labrada en la roca ántes de que los hombres aprendiesen el arte de arrancar la piedra á la tierra y de construirse viviendas sobre su superficie:—en efecto, es una de aquellas ciudades subterráneas de que hablan las mripreas historias, ó cuando menos, una de aquellas vastas *Necrópolis*, ciudades de los muertos, que surcaban en todos sentidos la tierra ó las peñas en los alrededores de las grandes ciudades

de los vivos; pero la forma de los peñascos y de las innumerables cavernas abiertas en sus laderas indica, mas bien, à mi juicio, la morada de los vivos. Estas cavernas son espaciosas y sus puertas muy altas; à ellas conducen numerosas y anchas escaleras; tambien hay ventanas abiertas en la peña viva para dar luz à aquellas. Habitaciones, y dichas puertas y ventanas dan sobre calles talladas profundamente en las entrañas de la colina. Hemos seguido muchas de estas hondas y anchas calles, donde se ven carriles que indican las huellas de las ruedas de los carros. Una multitud de águilas, de buitres é innumerables bandadas de estorninos se elevaban, al acercarnos, de entre las sombras de aquellos peñascos socavados:—arbustos rastreros, flores parietarias, grupos de mirtos y de higueras han echado raíces en el polvo de aquellas calles de piedras, y alfombran aquellas largas galerías. En algunos sitios los antiguos moradores habian hendido enteramente la colina con el cincel, y abierto canales que dejan llegar el agua del mar y permiten à la mirada abarcar una parte del golfo que forma detras de la ciudad: este conjunto presenta un pais de un carácter enteramente nuevo, juntamente grave y duro con el peñasco, risueño y luminoso como aquellas lontananzas aéreas sobre el azul del mar, y como aquellos bosques de plantas nacidas espontáneamente en las hendiduras del garito. Anduvimos algun tiempo por aquellos

maravillosos laberintos, y llegamos en fin, alpié de la gran muralla y de los monumentos morunos que teniamos delante de nosotros; allí nos detuvimos un instante para deliberar. Aquellas ruinas tienen mala reputacion; pues sirven con frecuencia de emboscada à algunas cuadrillas de árabes ladrones que roban y asesinan à las caravanas: en Kaifá nos habian prevenido que las evitásemos ó las pasásemos en órden de batalla, y sin permitir à ninguno de los nuestros que se separase del cuerpo de la caravana. La curiosidad habia vencido; no habiamos podido resistir al deseo de visitar unos monumentos desconocidos à la historia antigua y moderna; ignorábamos si estaban desiertos ó habitados. Llegado que hubimos al pié de los muros que todavía los rodean, vimos la brecha por donde; teniamos que penetrar:—en el mismo instante apareció un grupo de árabes à caballo y con lanzas, en la arena que nos separaba de la entrada, y cargó sobre nosotros. Sorprendiéonos su embestida pero íbamos preparados: llevábamos en la mano nuestras escopetas de dos cañones cargadas y amartilladas, y pistolas en la cintura; avanzamos hácia los árabes y se pararon de repente; yo me destacué de la caravana, mandando que siguiesen todos sobre las armas, y me adelanté con mis dos compañeros y mi dragoman; parlamentamos, y el jeque, con sus principales ginetes, nos escoltó hasta la brecha, dando órden à los árabes del interior

de respetarnos y permitirnos visitar los monumentos; con todo conceptué prudente no dejar entrar con nosotros mas que una parte de los míos; los demas quedaron acampados á un tiro de fusil del collado, prontos á acudir á nuestro auxilio si hubiéramos caído en una celada. No era inútil esta precaucion, porque hallamos en el interior de las murallas una poblacion de dos á trescientos árabes beduinos contando las mugeres y los niños; no hay mas que un boquete para salir de aquellas ruinas, y fácilmente hubiéramos sido cogidos y acuchillados, sino hubiera tenido á raya á aquellos bárbaros la fuerza que nos quedaba fuera y que podian suponer mas considerable de lo que realmente era; habiamos cuidado de no presentar toda nuestra gente, y algunos camelleros se habian quedado de intento detras, acampados en un cerro, donde se los podia ver.

Apenas penetramos por la brecha, nos hallamos en un dédalo de senderos que daban vuelta alrededor de los restos derruidos de la gran muralla y de los otros edificios antiguos que descubriamos sucesivamente. Aquellos senderos ó aquellas calles no tenian ninguna abertura regular; el pié de los árabes, de los camellos y de las cabras los habia trazado á la ventura entre aquellos escombros: Las familias de la tribu no habian edificado nada, ni hecho otra cosa mas que aprovecharse de todas las cavidades que la caída de las piedras gigantes- cas habia formado aquí y allí para hospedarse en

ellas, unas á la sombra misma de las cañas de las columnas ó de los capiteles detenidos en su caída por otras ruinas; otras, debajo de un pedazo de lienzo de pelo de cabra negra, tendido de un pilar à otro, á manera de techo. El jeque mismo, sus mugeres y sus hijos, que ocupaban sin duda el palacio del pueblo, tenian todos su habitacion á la entrada del mismo, en los escombros de un templo romano, sobre un cerro muy elevado, encima del sendero por donde entrábamos, y formaba su casa un inmenso pedazo de piedra esculpida que pendia casi perpendicularmente, apoyado por uno de sus ángulos en otras peñas rodadas de tropel y como paradas en su caída. Aquel caos de piedras parecia que verdaderamente se estaba desplomando todavía y amagaba aplastar á las mugeres y á los hijos del jeque que mostraban sus cabezas por cima de nosotros, fuera de aquella caverna artificial. Las mugeres no estaban tapadas; su único vestido era una camisa de algodón azul que deja el pecho y las piernas descubiertas, y ceñida al cuerpo con un cinturón de cuero. Aquellas mugeres nos parecieron hermosas, á pesar de los anillos que les pendian de las narices, y de las estrañas pinturas que manchaban sus mejillas y sus pechos. Los niños estaban en cueros, sentados ó montados en las peñas talladas que formaban la azotea de aquellas espantosas moradas; y algunas cabras negras, de largas orejas colgantes, habian trepado al lado

de aquellos chiquillos sobre la puerta de las grutas, y nos miraban pasar ó brincaban sobre nuestras cabezas cruzando de una á otra peña el profundo sendero por donde caminábamos. Vimos algunos camellos tendidos de trecho en trecho en los huecos formados entre las ruinas, y alzando sus cabezas pensativas y serenas por cima de los troncos de columnas y de capiteles derruidos. A cada paso variaba la escena y atraía mas vivamente nuestra atencion. Un pintor hallaria mil asuntos desconocidos, del efecto mas pintoresco, en la forma siempre nueva é inesperada en que están mezcladas y confundidas las viviendas de la tribu con los restos de los teatros, de los baños, de las iglesias y de las mezquitas que cubren aquel rincón de tierra. Quanto menos ha trabajado el hombre para crearse un asilo en aquel caos de una ciudad derribada, quanto mas improvisadas están aquellas habitaciones por la singular casualidad de la caída de los monumentos, mas tambien la escena es poética y sorprendente. Varias mugeres ordeñaban sus cabras en las gradas del anfiteatro; manadas de carneros saltaban uno á uno de la ventana en arco diagonal (ojiva) del palacio de un emir ó de una iglesia gótica de la época de las cruzadas. Algunos jeques sentados fumaban sus pipas bajo la cincelada bóveda de un arco romano, y los camellos estaban atados por el ronzal á las columnillas morunas de la puerta de un harem. Apeámo-

nos para visitar circunstanciadamente las principales ruinas: los árabes nos opusieron grandes dificultades cuando manifestamos la voluntad de entrar en el recinto del gran templo que está en el estremo de la ciudad sobre un peñasco á la orilla del mar: nos fué preciso tener una nueva disputa en cada patio, en cada tapia que teniamos que pasar para penetrar en él; hasta tuvimos que emplear la amenaza para obligarlos á cedernos el paso. Las mugeres y los niños se alejaron lanzándonos imprecaciones; el jeque se retiró un momento, y los demas árabes mostraron en sus rostros y ademanes todas las señales del descontento; pero el aire de indecision y timidez mal disfrazada que vimos tambien en ellos, nos animó á insistir, y entramos, medio de grado, medio por fuerza, en el interior de aquel monumento, el último y el mas admirable de todos.

No puedo decir lo que es; de todo hay en su construcción, en su forma, y en sus ornatos; me inclino á creer que es un templo antiguo que los cruzados convirtieron en iglesia en la época en que poseyeron á Cesarea de Siria y las playas circunvecinas, y que después los árabes han convertido en mezquita. El tiempo, que se burla de las obras y de los pensamientos de los hombres, le convierte ahora en polvo, y la rodilla del camello se dobla actualmente sobre aquellas losas donde sucesivamente se han hincado las rodillas de tres ó cuatro

generaciones religiosas delante de diferentes dioses. Las bases del edificio son evidentemente de arquitectura griega de una época de decadencia; en el arranque de las bóvedas, la arquitectura toma el tipo moruno; ventanas primitivamente corintias han sido convertidas con mucho arte y gusto en ventanas con agimeces con leves columnillas: lo que subsiste de las bóvedas está bordado de arabescos de una delicadeza y de un primor exquisito.

El edificio tiene ocho caras, y cada una de las entradas producidas por esta forma octógona contenía sin duda un altar, à juzgar por los nichos que decoran la parte de las paredes donde debían estar apoyados aquellos altares. También la parte central del edificio estaba ocupada por un altar principal, lo que fácilmente se adivina en vista de la elevación del terreno en aquel punto del templo, elevación producida sin duda por los escalones que rodeaban el altar. Las tapias de esta iglesia están medio derruidas, y ofrecen brechas por donde se estiende la vista hasta el mar y los escollos que le costean; multitud de plantas rastreras penden en penachos de enramada y flores desde lo alto de las bóvedas desgarradas, y miles de pajarillos de collar rojo, y nubes de golondrinas azules trinaban en aquellos bosques aéreos ó revoloteaban á lo largo de las cornisas. La naturaleza prosigue su himno en el punto donde el hombre ha acabado el su-

yo. Luego que salimos de aquel templo desconocido, recorrimos á pié las diferentes calles del pueblo, ballando á cada paso curiosas ruinas é inesperadas escenas formadas por aquella mezcla de costumbres salvages con los hermosos testimonios de las civilizaciones muertas. Vimos un gran número de mugeres y muchas árabes ocupadas, en los pequeños patios de sus chozas, en las diferentes faenas de la vida pastoril; unas tejían telas de piel de cabra; otras estaban empleadas en moler la cebada ó hacer cocer el arroz; — generalmente son muy hermosas, altas, robustas, tienen la tez quemada por el sol; pero parecen sanas y vigorosas. Sus negros cabellos estaban cubiertos de piastras de plata ensartadas; tenían pendientes y collares guarnecidos con el mismo adorno; prorumpían en gritos de sorpresa viéndonos pasar, y nos seguían hasta otras casas. Ninguno de los árabes nos ofreció el menor regalo, por lo que no creímos deber ofrecérselos nosotros, y salimos con precaución del recinto del pueblo. Nadie de la tribu nos siguió y fuimos á plantar nuestras tiendas á un cuarto de legua de la gran muralla, en el fondo de un pequeño golfo rodeado también de tapias antiguas, y que fué en otro tiempo el puerto de esta ciudad desconocida. El calor era de treinta y dos grados; bañámonos en el mar á la sombra de un antiguo muelle que todavía no se han llevado completamente las olas, mientras que nuestros saís levanta-